



3ª REPARACIÓN MUNDIAL A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

16 Y 17 DE JUNIO DE 2023

FIESTA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

I. INTRODUCCIÓN

A continuación, dará comienzo la Hora Santa de reparación.

Dispongamos el corazón ante la Presencia Maternal de María Santísima y del Señor en el Santísimo Sacramento.

¡Oh, Virgen Fidelísima! Reina de todos los santos, la Iglesia os proclama Bienaventurada porque creísteis en la Palabra de Dios y cumplisteis prontamente y en todo Su Voluntad. Nosotros, hijos tuyos, queremos responder a tanto amor y consolaros, meditando Vuestros dolores y consagrándonos a Vuestro Corazón.

II. EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO

En este día deseamos pedir perdón y reparar a los Sagrados Corazones de Jesús y María por nuestros pecados y los del mundo entero, y en especial por las siguientes intenciones:

1. Por la frialdad de tantos corazones en amar a los Sagrados Corazones, especialmente los de las almas consagradas.
2. Por las blasfemias, ultrajes y sacrilegios recibidos por Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar, y por aquellos que lo reciben en la Sagrada Comunión con frialdad o indignamente.
3. Por los bautizados, que permaneciendo alejados de los Mandamientos y los Sacramentos, rechazan continuamente a Dios, exponiéndose a la condenación; y por no agradecer el gran tesoro que es nuestra Santa Madre Iglesia.
4. Por los pecados de soberbia, impureza, egoísmo y envidia.
5. Por la herida que el Camino Sinodal Alemán ha abierto en la Santa Iglesia Católica, dañando la doctrina y provocando confusión y división.
6. Por los ataques que se cometen contra el Sacramento del Matrimonio y contra la vida, especialmente el aborto y la eutanasia.



7. Por el pecado de idolatría y ateísmo, y por las faltas de respeto e impiedad en las iglesias y ante el Sagrario.
8. Por los que desesperan y rechazan la infinita Misericordia de Dios.
9. Por las guerras, fruto del pecado de no amarnos como Jesús nos ha amado.
10. Por la tibieza en el conocimiento de la Fe Católica y los pecados de omisión.
11. Por las ofensas y blasfemias dirigidas contra el Inmaculado Corazón de María en su Inmaculada Concepción, Virginidad Perpetua y Maternidad Divina. Por aquellos que la insultan en sus Sagradas imágenes e infunden en los corazones de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio hacia Ella.

III. FELICITACIÓN Y SÚPLICA (oración de la Natividad de la Santísima Virgen y felicitación sabatina)

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Madre de Dios Hijo; Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo de toda la Trinidad.

Vuestro Nacimiento, Oh Virgen Madre del Hijo de Dios, anunció la alegría al mundo, porque disteis a luz al Sol de Justicia, Jesucristo Nuestro Señor, el cual confundiendo a la muerte nos dio la Vida Eterna.

A toda la Santísima Trinidad alegrasteis con Vuestro Nacimiento; al Padre por haber nacido Su Amada Hija, al Hijo porque habías de ser Su Madre, y al Espíritu Santo porque erais Su Esposa.

Vos sois la Nueva Eva, Vos más hermosa que Raquel, más fecunda que Lía, más casta que Susana. Porque sois aquella Mujer vestida de sol y coronada de estrellas, que tiene la luna bajo sus pies, y aquel Arca de acacia cuyo interior, forrado de oro purísimo, es reflejo de todas las virtudes con que Dios os adornó.

Feliz aquel día en que apareció tan bella Aurora. Dichosos los siglos que han seguido al día esplendoroso de Vuestro Nacimiento.

Oh Inmaculada, os damos mil parabienes uniendo nuestras alabanzas con las de todos los espíritus celestes y de los justos de la tierra, por el gran privilegio de Vuestra Concepción Purísima. Y por la suma complacencia que disteis en Vuestro primer instante a la Santísima Trinidad, os suplicamos aceptéis estos pequeños obsequios en compensación de los agravios que Vuestro Divino Hijo y Vos recibís.



Ponemos confiadamente en Vuestras manos las necesidades de la Iglesia y de nuestra sociedad, y os pedimos por el Santo Padre, por la transmisión de la Fe en los pueblos, la destrucción de todos los errores e idolatrías, y la conversión de los pecadores.

Asimismo, os suplicamos nos concedáis un gran amor a Jesús y un afecto filial hacia Vos y el don precioso de la perseverancia final.

IV. MEDITACIONES SOBRE LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

MEDITACIÓN I: La pérdida de Jesús en Jerusalén

Del Evangelio según San Lucas 2,41-43.45-46

«Sus padres iban cada año a Jerusalén, por la fiesta de Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron, según la costumbre de la fiesta; mas a su regreso, cumplidos los días, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen (...) Como no lo hallaron, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y, al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos e interrogándolos.»

Meditación (Del Libro “Los Hijos Del Dolor De María” del P. Maestro Vicente María Gregori)

Después de la penosa estancia de la Sagrada Familia en Egipto, volvió por mandato de Dios a la tierra de Israel. Teniendo Jesús 12 años, aconteció un hecho que ocasionó uno de los más acerbos dolores al Inmaculado Corazón de Su Madre.

Tú, Virgen Inmaculada, subías todos los años con Jesús y José desde Nazaret a Jerusalén para celebrar la Solemnidad de la Pascua. También este año asistís a los Sagrados Oficios. Estando en el Templo, ves correr sobre el altar la sangre de las víctimas, figura de la Sangre Virginal del Hijo Divino que se arrodillaba a Tu lado... ¡Qué sentimientos experimentarías!

El misterio de este pasaje comenzó cuando os dispusisteis a regresar a Nazaret, quedando Jesús en Jerusalén sin que lo advirtierais. ¿Cómo pudo suceder esto? Quizá se debió a que las caravanas se formaban para hombres y mujeres separadamente, de tal forma que José podía creer que El Niño iba contigo, y Tú suponer que lo hacía con José.

Breve pausa



Creando que estaba en la caravana, anduvisteis el camino de un día y os pusisteis a buscarlo entre parientes y conocidos; y al no encontrarlo os volvisteis a Jerusalén.

Debiste sentir, al verte sin Tu Jesús, un dolor sin igual, mayor que el que sufrieron todos los mártires juntos, puesto que ellos sufrieron en el cuerpo, pero siendo sus miembros heridos con terribles tormentos, gozaban de una celestial alegría de espíritu en su Dios, por cuyo amor padecían.

Pero Tú, Tú sufriste en el alma, y ¿Cómo podrías, sin Tu Hijo, admitir en Tu Corazón algún consuelo?

Canto

Siendo que la Augustísima Virgen estaba perfectamente unida a Dios, no pudo sospechar que por culpa suya se hubiese perdido Su Hijo; y así, en esta pérdida, adoró reverente los inescrutables juicios de Dios. Para Jesús, de igual forma, esta separación fue un martirio. Él se queda oculta y silenciosamente, sabiendo el gran dolor que les iba a ocasionar. ¡Misterio! ¡Misterio profundísimo!

Breve pausa

Tú, Virgen Sagrada, sabías de este gran amor que te tenía Tu Hijo, y por ello, no sólo padecías por Su ausencia, sino que también sufrías sabiendo que Él padecía por la Tuya. Clamaste, no con la boca, sino con lo íntimo de Tu Corazón; pues en fuerza del dolor intensísimo de Tu Alma enmudeció Tu Voz. Las lágrimas que a diluvios derramaron tus ojos, las súplicas que dirigiste al Cielo... esto sólo lo podrá comprender quien penetre el afecto de donde provienen tus amorosas ansias.

No así podemos decir nosotros en las pérdidas que hemos tenido de Dios, que por nuestros pecados padecemos esta miseria. ¡Oh pecado! ¡Qué efectos tan atroces causas! Y con todo, aún no te conocen los hombres, ni se espantan de ti. ¡Madre de Misericordia! tus hijos te suplican: Dadnos un corazón humilde que siga el único camino que conduce a Tu Hijo.

Breve pausa

Llegó la noche. Tú y José no dormís, sino oráis. ¡Cuántas lágrimas en el silencio de aquella noche! ¡Oh, quién hubiera podido oír tus tiernos coloquios con Dios! Como si dijeras: "¡Ah, amado Hijo! Si mis suspiros pueden llegar a Ti, porque Tú eres mi Hijo y mi Dios, si mis lágrimas tienen fuerza para tocar Tu Corazón, déjate encontrar, porque ya mi Alma no puede vivir más sin Ti. Lo mismo te ruega tu afligido padre, que ya no tiene corazón para sufrir su dolor."



La angustia de aquellos días sólo puede compararse con la que después vivirás al pie de la Cruz y en la soledad que le seguirá.

Canto

Al resplandecer la aurora del tercer día, entráis en el Templo de Jerusalén. En un momento adoras profundamente a Dios; después, levantando tus ojos, ves una reunión de sabios y doctores y oyes la Dulce Voz de Tu Jesús. Entonces, palpitando Tu Corazón, avanzas hasta verlo en medio de ellos.

Quisieras abrazarlo, pero la humildad contiene Tu ardiente deseo. Escuchas a Jesús que propone cuestiones y disuelve todas las dudas; de modo que al ver una doctrina tan excelsa, quedan todos llenos de admiración.

Breve pausa

Al encontrarle, sin duda, Tu Corazón rebosó de alegría, pero albergabas también un gran dolor por el lugar donde lo encuentras: el Templo. Aquel mismo Templo donde oíste de la boca de Simeón que la Sabiduría de Tu Hijo sería el blanco de los oprobios.

Esta es, pues, la espada de aquel dolor que te renovó la herida, en el acto de encontrar a Jesús. Porque sabías, que la admiración se cambiaría en malignidad y el asombro en perfidia. Este es el motivo por el cual, en medio de la inmensa alegría, quedaste afligida sobremanera. Y así pudiste repetir: “Mi dolor está siempre frente a mí”.

Breve pausa

Acercándote a Tu Hijo le dijiste: “Hijo ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados”. Y Jesús os respondió: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en las cosas de mi Padre?”.

A semejante respuesta, y tan majestuosas y misteriosas palabras, quedasteis como mármoles inmóviles; porque el extremado dolor, y el excesivo amor, no os dejó entender el sentido.

Imitemos la profunda humildad de María, que nada replicó a la respuesta del Hijo, aunque no entendió. Solo conoció que debía padecer, y lo cumplió y todo, todo lo guardaba, meditándolo en Su Corazón.

Canto



MEDITACIÓN: Jesús es colocado en el sepulcro

Del Evangelio según San Juan 19, 41-42

«En el lugar donde lo crucificaron había un jardín, y en el jardín un Sepulcro nuevo, donde todavía nadie había sido puesto. Allí fue donde, por causa de la preparación de los judíos, y por hallarse próximo este Sepulcro, pusieron a Jesús.»

Después de la muerte de Jesús, y cumplidas las sagradas funciones de embalsamar Su Sacrosanto Cuerpo y envolverle en la Sábana, se acercó la devota comitiva a la Santísima Virgen para pedirle que entregase a Su querido Hijo y poder conducirlo hasta el Sepulcro. En ese momento Su Corazón experimentó un nuevo dolor, pues ya no podría estar más tiempo con Él. ¡Qué amarga separación!

Todo el Calvario era bañado en lágrimas ¿Qué pecho, aún de hierro, podría no sentirse compungido, mirando, Madre, tu semblante? Porque al considerar que debía ser sepultado, alzabas al Cielo tus ojos e inundabas de llanto Su Sagrado Cuerpo.

Breve pausa

Llegados al Sepulcro y descubriendo por última vez Su Rostro, ardientemente le dirías: *“¡Oh, Hijo amado! ¡Cuán amable me sería que este Sepulcro cerrase, juntamente con Tu Corazón, el mío!; pero ya que eso no es posible, quedará mi Alma sepultada en Ti. Me siento morir, mas la vida no me abandona porque Tú la sostienes y conservas.”*

¡Con cuánto dolor volviste a cubrir Su Rostro! ¡Cuántos besos reverentes imprimiste en las marcas de las espinas! Decía San Bernardo que toda el Alma se te salía por la boca al besarle, y que todo el Corazón se te derramaba por los ojos al regarle con Tu llanto. Y añade que, si en la Sábana quedó impresa la Sangre de Jesús, que esculpió la imagen de Su Sagrado Cuerpo, en la piedra del Sepulcro quedaron grabadas tus lágrimas, que delinearon la imagen de Tu afligidísimo Corazón.

¡Sábana Preciosísima, bordada de llagas, que eres un bello retrato del Calvario! ¡Oh, adorables Llagas, que fuisteis señales de los crueles azotes que recibió mi Salvador! Convertíos ahora en caracteres de la inefable bondad, que para enseñarme a amar, me hacen leer en Vosotras lo mucho que Él me amó.

Canto



Virgen Fiel, te hubieses quedado gustosa en el Sepulcro, pero aceptando siempre la Divina Voluntad, saliste de él. Cerrado fue con una gran piedra, y tú, encaminándote hacia Jerusalén, vuelves la mirada al Calvario. ¡Oh vista dolorosa! Que ve el terreno empapado y la Cruz bermeja por la Sangre que derramaron Sus Llagas; ve la esponja toda bañada en hiel y el agujero donde fue plantada la Cruz.

Y gimes: *“¡Oh, Dios! Este es el lugar en donde desnudaron a mi Jesús y echaron a suerte Su túnica; donde se burlaron de lo que padecía. Este es el Calvario donde murió sediento, abandonado y blasfemado; aquí es donde, aún después de muerto, fue traspasado con una lanza Su Corazón; y aquí donde yo le recibí en mi regazo.”*

Breve pausa

¿Qué sería, pues, de Ti, al mirar el Calvario, donde habías visto morir, entre malhechores, a Tu Hijo? ¿Qué al ver aquellos instrumentos de Su Pasión? Bien podemos repetir con San Anselmo que se puede llorar Tu dolor; mas no hay palabras para poderlo describir.

Recorriendo el camino por donde había subido Tu Jesús, venían a Tu Alma memorias tan amargas que te imprimieron nuevas llagas. Te parecía ver a Tu querido Hijo arrastrado y condenado. Sentías resonar en Tu Corazón los golpes de los azotes, las heridas de las espinas... y en los oídos, el eco de la gritería de las turbas que pedían su crucifixión. Afligida, decías en Tu interior: *“Allí cayó mi Hijo. Aquí le encontré cuando vine a buscarle.”*

Te miramos, Madre, y vemos tus lágrimas. Ojalá tuviesen las nuestras tal virtud, que pudiesen consolarte. Concedednos que lloremos nuestra impiedad, que hizo y causó en Vos tanto tormento.

Canto

Pero decidnos, ¿tuvo ya entonces fin Vuestro dolor? *“No, hijo mío -le respondiste a San Anselmo-... andaba desconsolada por Jerusalén y me parecía ver a mi Jesús arrastrado... cuando encontrándome con los príncipes de los sacerdotes y los fariseos que persistían en su dureza, habiendo ya muerto mi Hijo, resolvieron ir a Pilatos, a fin de que mandase poner guardias en Su Sepulcro. Al ver esta dureza y nuevo amotinamiento, se me comprimó de tal modo el Corazón, que ni llorar pude.”*

Breve pausa

Llegada a casa, te retiraste a una estancia a llorar Su Muerte; y allí quedaste como sepultada en una tumba de penas, mucho más afligida que si hubieses quedado en el Sepulcro.



Se presentaban a Tu Alma todas las penas de Tu Hijo. Estas, fueron sucesivas en Él, y así a los azotes sucedieron las espinas, a las espinas la cruz, a la cruz la muerte, y a la muerte la lanza. Pero en Tu Corazón, aquella noche, y aún después, todos los dolores, haciéndose presentes al mismo tiempo, de un golpe te traspasaron.

¡Cuán necesario es para nosotros meditar la Santa Pasión de Tu Hijo!... es verdadera sabiduría y perfección sólida que produce una gran cosecha de bendiciones.

Breve pausa

Pero Madre, Tú no desmayabas en Tu dolor, antes bien, la Fe te aseguraba que de la muerte cruel resucitaría glorioso. En Ti sola estaba la Fe de la Santa Iglesia; y mientras que los demás dudaban, Tú, la retuviste siempre perfectamente en Tu Corazón.

Al mismo tiempo, la esperanza firme que albergabas, es la que aumentó Tu dolor, puesto que la privación de un verdadero bien esperado, engendra continuamente una llama que arde con gran pena en quien espera. Martirio tanto más doloroso, cuanto más fuerte es el amor con que el amante suspira por lo que ama. Y como en Ti era sin medida, sin medida también fueron penosísimas las ansias con que esperabas Su Resurrección. No aspira así una cierva a la fuente de agua, como Tú deseabas mirar Su Rostro...

¡Resucitará, oh Madre, Vuestro Amado!, y Vos seréis la primera en abrazarle, adornado de inmensa Gloria.

Canto

V. CINCO AVEMARÍAS EN DESAGRAVIO Y SÚPLICA

1. ¡Oh Madre de la Iglesia! Perdón y desagravio por la frialdad de tantos corazones en amaros, especialmente los consagrados al servicio de Vuestro Hijo; por aquellos que os ridiculizan y niegan Vuestras excelsas prerrogativas; y por las blasfemias e ingratitudes con que hieren Vuestro Corazón.

¡Madre! Os pedimos por la Santa Madre Iglesia, para que sea siempre Esposa fiel de Jesucristo; por todos los que están endurecidos en su corazón y deambulan en las tinieblas del pecado, para que vuelvan a Dios en el Sacramento de la Confesión.

Avemaría



2. ¡Oh Virgen, que eres jardín cerrado y fuente sellada! Perdón y desagravio por las injurias de aquellos que dudan y atacan Vuestra Santísima Virginitad; por los pecados de impureza, las modas indecorosas, las conversaciones y diversiones contrarias a la Ley de Dios.

¡Madre! Os pedimos que el Espíritu Santo ilumine nuestras conciencias, recuperemos el sentido de pecado, y la pureza reine en el mundo, viendo la necesidad de nuestra propia conversión.

Avemaría

3. ¡Estrella de la Mañana, que disipas las tinieblas de la noche! Perdón y desagravio por los pecados contra la dignidad del matrimonio y la familia, y por los pecados contra la vida.

¡Madre! Concedednos el reinado de Vuestros Sacratísimos Corazones en cada familia, y sean así fuente de santidad para el mundo.

Avemaría

4. ¡Auxilio de los cristianos, pilar firmísimo de nuestra fe! Perdón y desagravio por la indiferencia y tibieza en la Fe o la negación de sus verdades, por avergonzarnos del Nombre de Vuestro Hijo, por aquellos que son indiferentes o desprecian Vuestro culto, y por los que infunden este desprecio en los corazones de los niños.

¡Madre! Concedednos una Fe firme, esperanza cierta y caridad perfecta. Protegednos bajo vuestro manto de las insidias del maligno, especialmente a los jóvenes y los niños.

Avemaría

5. ¡Oh Gloria de Jerusalén, honor de nuestro pueblo! Perdón y desagravio por los que cometen actos sacrílegos contra Vuestro Hijo en el Santísimo Sacramento, por las irreverencias y profanaciones que se cometen en los Templos, y especialmente las de Vuestros altares e imágenes sagradas.

¡Madre! Concedednos la gracia de reconocer que Vuestro Hijo está verdaderamente presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en la Eucaristía, para amarle cada vez más.

Avemaría



VI. LETANÍAS AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Señor, ten piedad / R. Señor, ten piedad

Cristo, ten piedad / R. Cristo, ten piedad

Señor, ten piedad / R. Señor, ten piedad

Cristo, óyenos / R. Cristo óyenos

Cristo, escúchanos / R. Cristo escúchanos

Dios, Padre Celestial / R. Ten piedad de nosotros

Dios, Hijo, Redentor del mundo,

Dios, Espíritu Santo,

Santísima Trinidad, que eres un solo Dios,

Corazón de María, siempre Inmaculado, R. ruega por nosotros

Corazón de María, lleno de Gracia,

Corazón de María, bendito entre todos los corazones,

Corazón de María, Sagrario de la Santísima Trinidad,

Corazón de María, el más semejante al de Jesús,

Corazón de María, en quien tuvo Jesús sus complacencias,

Corazón de María, Abismo de humildad,

Corazón de María, Modelo de paciencia y mansedumbre,

Corazón de María, asiento de la misericordia,

Corazón de María, incendio del Divino Amor,

Corazón de María, océano de bondad,

Corazón de María, milagro de la pureza e inocencia,

Corazón de María, Espejo de las divinas perfecciones,

Corazón de María, donde se formó la Sangre de Jesucristo Redentor,

Corazón de María, que aceleras con tus ansias la salvación del mundo,

Corazón de María, que alcanzas la conversión de los pecadores,

Corazón de María, que conservas fielmente las palabras y acciones de Jesús,

Corazón de María, traspasado con la espada de dolor,

Corazón de María, afligidísimo en la Pasión de Jesucristo,



Corazón de María, clavado con Jesús en la Cruz,
 Corazón de María, sepultado de tristeza con Jesucristo,
 Corazón de María, renacido de gozo por la Resurrección de Jesús,
 Corazón de María, lleno de inefable dulzura en la Ascensión,
 Corazón de María, colmado de una nueva plenitud de gracias en la venida
 del Espíritu Santo,
 Corazón de María, consolación de los afligidos,
 Corazón de María, Refugio de los justos y pecadores,
 Corazón de María, Esperanza y dulce sustentación de aquellos que os
 veneran,
 Corazón de María, Auxilio de los moribundos,
 Corazón de María, júbilo de los ángeles y santos,
 Corazón de María, Madre y amparo de la Iglesia,

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,/ R. Perdónanos, Señor.
 Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,/ R. Escúchanos, Señor.
 Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,/ R. Ten misericordia de
 nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R/ Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor
 Jesucristo. Amén.

Oremos: Te rogamos Señor, que nos concedas a nosotros tus siervos, gozar
 de perpetua salud de alma y cuerpo, y por la gloriosa intercesión de la
 Bienaventurada Virgen María, seamos librados de la tristeza presente y
 disfrutemos de la eterna alegría. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

VII. ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA SEGÚN SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús! Verdadero Dios y Verdadero Hombre, Hijo
 único del Padre Eterno y de María, siempre Virgen! Te adoro en la gloria del
 Padre, durante la eternidad y en el Seno Virginal de María, tu Madre, en el
 tiempo de Tu Encarnación.

Te doy gracias porque, anonadándote, has venido al mundo, Hombre entre
 los hombres y Servidor del Padre, para librarme de la esclavitud del pecado.



Te alabo y glorifico Señor, porque has vivido en obediencia amorosa a María, para hacerme fiel discípulo(a) suyo(a). Desgraciadamente, no he guardado los votos y promesas de mi bautismo y no soy digno(a) de llamarme hijo(a) de Dios. Por ello, acudo a la misericordiosa intercesión de Tu Madre esperando obtener por Su ayuda el perdón de mis pecados y una continua comunión Contigo, oh, Sagrado Corazón de Jesús.

Te saludo pues, oh María Inmaculada, Templo viviente de Dios: en Ti ha puesto Su Morada la Sabiduría Eterna para recibir la adoración de los ángeles y de los hombres. Te saludo, oh Reina del Cielo y de la tierra: a Ti están sometidas todas las criaturas. Te saludo, Refugio seguro de los pecadores: todos experimentan Tu gran misericordia. Acepta los anhelos que tengo de la Divina Sabiduría y mi consagración total.

Yo, _____ consciente de mi vocación cristiana, renuevo hoy en tus manos mis compromisos bautismales. Renuncio a Satanás, a sus seducciones, a sus pompas y a sus obras, y me consagro y consagro a Rusia y al mundo entero al Sagrado Corazón de Jesús para llevar mi cruz detrás de Él, en la fidelidad de cada día a la Voluntad del Padre.

En presencia de toda la corte celestial, te elijo en este día por mi Madre y Maestra. Me entrego y consagro a Ti, como tu esclavo(a), mi cuerpo y mi alma, mis posesiones tanto internas como externas, incluso el valor de todas mis buenas acciones, pasadas, presentes y futuras, dejando en Ti, entero y completo derecho de disponer de mí, y todo lo que me pertenece, sin excepción, de acuerdo a Tu voluntad, para mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad.

Madre del Señor, acepta esta pequeña ofrenda de mi vida y preséntala a tu Hijo; si Él me redimió con Tu colaboración, debe también ahora recibir de Tu mano, el don total de mí mismo(a). En adelante, deseo honrarte y obedecerte en todo como verdadero(a) esclavo(a) tuyo(a).

¡Oh, Corazón Inmaculado de María! Que yo viva plenamente esta consagración para prolongar en mí la amorosa obediencia de Tu Hijo y dar respuesta a la misión trascendental que Dios te ha confiado en la historia de la Salvación. ¡Madre de Misericordia!, alcánzame la verdadera Sabiduría de Dios, y hazme plenamente disponible a Tu acción maternal. Colócame así, entre los que Tú amas, enseñas, guías, alimentas y proteges como hijos tuyos.

¡Oh, Virgen Fiel! Haz de mí un(a) auténtico(a) discípulo(a) e imitador(a) de Tu Hijo, el Sagrado Corazón de Jesús. Contigo, Madre y Modelo de mi vida, llegaré a la perfecta madurez de Jesucristo en la tierra y en la Gloria del Cielo. **Amén.**



VIII. BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO

V/ Les diste el Pan del Cielo

R/ Que contiene en sí todo deleite

Oremos: Oh Dios, que en este Sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los Sagrados Misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu Redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

IX. ALABANZAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Bendito sea Dios.

Bendito sea su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.

Bendito sea San José, su castísimo esposo.

Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.